

ARCHIVO VALLEJO

Revista de Investigación del Centro de Estudios Vallejanos

Vol. 1, n.º 2, julio-diciembre, 2018, 169-174

ISSN: 2663-9254 (En línea)

DOI: 10.31381/archivoVallejo.v1n2.5163

Enrique Foffani. *Vallejo y el dinero. Formas de la subjetividad en la poesía*. Lima: Editorial Cátedra Vallejo, 2018, 416 págs.



La reciente publicación de *Vallejo y el dinero. Formas de la subjetividad en la poesía*, de Enrique Foffani, pone nuevamente en cuestión las maneras en que la crítica ha leído la producción poética de nuestro clásico. Esto, sin duda, porque la suya parte de la lealtad vallejana en su laberinto, el mundo que le tocó vivir a Vallejo y cómo este latinoamericanista de primera línea lee la modernidad desde de su condición disidente y su humanismo en medio de la furia del capital. Ciertamente, reitera la vigencia de la obra de César Vallejo, a la que se han sumado ya *César Vallejo. Una biografía literaria* (2014), de Stephen M. Hart; y *Corresponsal de prensa* (2017), una acertada compilación de escritos vallejanos.

Pero ¿quién es Enrique Foffani? Formado en las academias argentinas y alemana, la Universidad de La Plata y la Universidad de Buenos Aires (UBA), fue en la UBA donde se doctoró con una tesis singular. Se trata de un académico argentino que en su haber tiene la tesis *Subjetividad y dinero en la poesía (1918-1938) de César Vallejo* (2000), el libro *Controversias de lo moderno: la secularización en la historia cultural latinoamericana* (2010) y la edición del volumen *La protesta de los cisnes. Sobre Cantos de vida y esperanza de Rubén Darío* (2007), entre otros. Es uno de los animadores de los dos más importantes núcleos de crítica literaria, me refiero a la red Katatay, que dirige como revista.

Enrique Foffani me resulta un provocador, en el sentido vanguardista de la palabra. Provocador porque cada vez que escribe, sobre todo cada vez que publica un libro, ese objeto despreciado por las indizadas que atormentan a los académicos, nos lleva por caminos inusitados de la crítica. Lo fue en los libros *La protesta de los cisnes: coloquio sobre Cantos de vida y esperanza de Rubén Darío (1905-2005)* (2007) y *Controversias de lo moderno: la secularización en la historia cultural latinoamericana* (2010) y lo es ahora con *Vallejo y el dinero* (2018), una relación que resulta difícil imaginar.

No duda en allanar lo que serían las huellas del poeta. Si bien el objeto es la poesía, para abordarla será necesario apelar a la trayectoria de vida, las crónicas y notas escritas por el poeta y su epistolario no porque estas expliquen, sino que en ellas emergen semas que elaboran un complejo de sentidos que dan originalidad a la poesía de César Vallejo. No una relación que simplifica el expediente científico. Al hacerlo asiste a una escritura transparente, sólida, rica en la frase no solo por el ritmo, sino por el fluir de un texto que termina como una propuesta para la crítica latinoamericana.

Su centro de reflexión será la modernidad y la poesía. Pero la modernidad se entiende en la escena de la última Revolución industrial del siglo XIX y la primera posguerra del siglo XX. Entonces, la pregunta que hará el crítico será cómo se configura la sensibilidad moderna. Esta vendrá trazada por la ciudad como espacio de realización de la modernidad y su expresión será el dinero. Proposición que organiza la lectura de la poesía de César Vallejo. La modernidad lo encuentra en la ciudad, la ciudad como representación episódica de la cultura, me refiero a París, al bulevar Haussmann (de Baudelaire, su des concierto, a Vallejo, que testimonia la consumación de la construcción). Lo que implica sostener un proceso de crítica que se hace de esta en la huella de la poesía y cómo se representa en episodio económico, en este caso el dinero.

Vallejo y el dinero es un libro contemporáneo y una lección de humanidades, una lectura abierta para el ejercicio de la crítica. Es un libro provocador y un ajuste de cuentas con las críticas laterales, fantasmales, para acercarnos a la dimensión del sujeto y la estética de la palabra. En el caso de Vallejo, pone la sucesiva originalidad que responde a la carencia con el único recurso que tiene el poeta, el retórico, «a la palabra y de la palabra», el símbolo de lo moderno y con ello, diremos, la condición clásica del poeta.

Defendida como tesis doctoral, allanada con la sabiduría del crítico que ha transitado por la experiencia alemana y los conciertos poéticos, *Vallejo y el dinero* se originaba como texto sucesivo, en el que transita un sujeto que va de los extremos, de la aldea santiaguina, a la modesta ciudad (Lima), a la «sede» de la cultura, ciudad moderna por excelencia (París), de escenarios y contingencias, sin mediar la aparatosidad mecánica, sino la complejidad de sentidos que hay entre la vida, la existencia del sujeto y los rastros de este en la letra, en el epistolario y, por

supuesto, en la poesía, *Los heraldos negros* (1918) y *Trilce* (1922), para luego asistir a los poemas que escribe en Europa, *España, aparta de mí este cáliz* (1939), en la que el crítico empieza a pensar cómo esta modernidad «impacta» o ha sido «recogida» en la poesía, cómo el capitalismo convierte el espacio urbano en un centro poco amable para el sujeto. «No hay modernidad sin ciudad» (64), el signo de la ciudad, el dinero. Mejor aún, un espacio que transgrede la condición humana, de allí la necesidad de pensar la ciudad (Simmel, el de filosofía del dinero) como el par ciudad-dinero. Entonces, se trata de un sujeto en los límites de la dignidad del creador, la precariedad económica y las capacidades que posee el poeta, es decir, su único recurso será la escritura, mejor, la palabra. Una palabra que aparece como «arcaica y vetusta o directamente una reliquia lejana de la memoria de la lengua» que da un «talante barroco» y «la violencia de su uso», por «un proceso que opera por dinamitación del sentido» (115), que más tarde será la referencia de la «estafa del capitalismo», que se sintetiza en un verso de *Poemas humanos*, «la cantidad enorme de dinero que cuesta el ser pobre».

Su lectura no es despreocupada, todo lo contrario, atenta a articular espacios y sentidos que van de lo sencillo a lo complejo, de lo local a lo internacional. Así, va contribuyendo campos culturales en los que es posible observar relaciones aparentemente inciertas entre Baudelaire y Vallejo. Y estas construyen redes que permiten una lectura que amplía la contundencia poética vallejiiana al abrirse a nuevos escenarios que terminan de organizar un espacio mayor, del capital en la poesía latinoamericana (de Vallejo y sus evocaciones del guano), Oswald de Andrade (*pau Brasil*), de Neruda y Mistral (madera, salitre, cobre), Borges (carne), Nicolás Guillén (azúcar) y Rivera (caucho).

Un asunto que me interesa relieves es sin duda la condición humanista, el suyo fue un humanismo que desafía la desconfiada posmodernidad. Foffani es un posmoderno asentado en los fueros de un pensamiento que en estos tiempos ya no se suele decir, por autocensura o por cinismo se ha silenciado el pensamiento marxista. Pero no para hacer correlaciones antojadizas sino para hacer el exordio de una vena abierta en la complejidad estética de la poesía de César Vallejo. No lee mecánicamente sino desde la escurridiza complejidad de los cisnes que impone el capital. Entre el sujeto urgido de dinero, de carencia, un sujeto que vive entre la ausencia del recurso y lo único que tiene, son los retóricos «como recursos a la palabra y de la palabra» (332), entre la ausencia que ponen en los límites, exactamente porque interpela la «dignidad del escritor», mejor aún, nos revela un sujeto ético y ya no solo al poeta y al político.

Es preciso no olvidar las mitologías que se han construido en torno a Vallejo, la pertenencia a esos mitos que celebramos entre nuestros escritores. No era necesariamente un marginal en el sentido de la expresión que utiliza Boudicard, un *cholo*. Era hijo de una familia acomodada de Santiago de Chuco, fue tempranamente acogido por la élite letrada de la ciudad de Trujillo, parte de la Bohemia trujillana y se incorporó sin muchas dificultades a la escena literaria limeña, a pesar de la pulla inicial de Clemente Palma. Era un cosmopolita y los hechos de su prisión se tienen que leer en clave política o, como dice el propio Vallejo, «muy de provincia». Tras los escritos europeos, nos encontramos con un sujeto que tiene un único recurso: la palabra cuyo escenario vital era ausencias, miserias y desborde de originalidad.

Esta palabra explica la conciencia estética en el poeta y la de los eventos que están ocurriendo en el mundo de inicios del siglo XX, es decir, una poesía que la va diciendo, y rastro de aquello que vive y siente, afectos y desafectos, se van concatenando de un lado

a otro, de la crónica periodística y de las cartas que intercambia el poeta Vallejo a la poesía. Lo único que tiene serán sus «capitales retóricos» en tanto el recurso *a* la palabra y *de* la palabra, desde el momento que se vuelven la única posibilidad para un escritor pobre como Vallejo que debe lidiar cotidianamente contra las dificultades económicas más elementales. Situado en el marco de una sociedad capitalista, Vallejo opone resistencia a la carencia material. Las tretas del pobre que despliega Vallejo están a la vista: si la crónica da dinero (y nunca el suficiente para sobrevivir), si la poesía lo ironiza, la carta vallejana lo desmonetariza, le desagia su valor-mercancía y lo vuelve providencia (364). Todo esto en ocho capítulos intensos escritos en una prosa transparente y fluida, un elogio al propio lenguaje.

Enrique Foffani escribe desde su gabinete lúcido, sin trabucos ni fianzas, lo hace como ejercicio libre y ejercicio de contestatario. No se contenta con lo que se dice sobre nuestros clásicos, prefiere encontrar lo nuevo. Y lo nuevo es pensar, desde una postura descentrada, mejor aún, desde aquello que identificamos como epistemes del sur, sobre la modernidad y la cultura, la subjetividad, la ciudad y el dinero y cómo este termina por formalizar en el entramado del poema. Foffani es uno de los académicos más destacados de América Latina, es sin duda un desconcertante y paradójico humanista en pleno siglo XXI. Su humanismo no es una declaración, es una praxis, una práctica consistente que avala su condición antisistema y su consagración a los estudios de nuestra América, diríamos, de nuestro Perú también. Y su *Vallejo y el dinero*, una provocación, un programa de lectura para la cándida academia, exactamente porque nos retorna a la palabra poética en torno del capital y reitera a nuestro clásico la universalidad de la poesía de César Vallejo.

Gonzalo Espino Relucé

EILA/Universidad Nacional Mayor de San Marcos

gespino@unmsm.edu.pe